



Ángel de Saavedra Rivas

El fratricidio

Romance Primero

El español y el francés

«Mosén Beltrán, si sois noble
doleos de mi Señor,
y deba corona y vida
a un caballero cual vos.

»Ponedlo en cobro esta noche,⁵
así el Cielo os dé favor;
salvad a un rey desdichado
que una batalla perdió.

»Yo con la mano en mi espada
y la mente puesta en Dios,¹⁰
en su real nombre os ofrezco,
y ved que os la ofrezco yo,

»en perpetuo señorío
la cumplida donación
de Soria y de Monteagudo,¹⁵

de Almansa, Atienza y Serón.

»Y a más doscientas mil doblas
de oro, de ley superior,
con el cuño de Castilla,
con el sello de León,20

»para que paguéis la hueste
de allende que está con vos,
y con que fundéis estado
donde más os venga en pro.

»Socorred al rey don Pedro,25
que es legítimo, otro no;
coronad vuestras proezas
con tan generosa acción.»

*

Así cuando en Occidente,
tras siniestro nubarrón,30
un anochecer de marzo
su lumbre ocultaba el sol,
al pie del triste castillo
de Montiel, donde el pendón
vencido del rey don Pedro,35
aun daba a España pavor;

Men Rodríguez de Sanabria
con Beltrán Claquín hablo;
y éste le dio por respuesta
con francesa lengua y voz:40

*

«Castellano caballero,
pues hidalgo os hizo Dios,
considerad que vasallo
del rey de Francia soy yo;

»y que de él es enemigo45
don Pedro, vuestro señor,
pues en liga con ingleses
le mueve guerra feroz.

»Considerad que sirviendo
al infante Enrique está,50
que le juré pleitesía,
que gajes me da y ración.

»Mas ya que por caballero
venís a buscarme vos,
consultaré con los míos55
si os puedo servir o no.

»Y como ellos me aconsejen
que dé a don Pedro favor,
y que sin menguar mi honra
puedo guarecerle yo,60

»en siendo la medianoche
pondré un luciente farol
delante de la mi tienda

y encima de mi pendón.

»Si lo veis, luego veníos⁶⁵
vuestro rey don Pedro y vos
en sendos caballos, solos,
sin armas y sin temor.»

Dijo el francés, y a su campo
sin despedirse tornó,⁷⁰
y en silencio, hacia el castillo,
retiróse el español.

Romance Segundo El Castillo

Inútil montón de piedras,
de años y hazañas sepulcro,
que viandantes y pastores⁷⁵
miran de noche con susto,
cuando en tus almenas rotas
grita el cárabo nocturno
y recuerda las consejas
que de ti repite el vulgo;⁸⁰
escombros que han perdonado,
para escarmiento del mundo,
la guadaña de los siglos,
el rayo del cielo justo:
esqueleto de un gigante,⁸⁵
peso de un collado inculto,
cadáver de un delincuente
de quien fue el tiempo verdugo;
Nido de aves de rapiña,
y de reptiles inmundos⁹⁰
vivar, y en que eres lo mismo,
de lo que eras ha cien lustros;
pregonero que publicas
elocuente, aunque tan mudo,
que siempre han sido los hombres⁹⁵
miseria, opresión, orgullo;
de Montiel viejo castillo,
montón de piedras y musgo,
donde en vez de centinelas
gritan los siniestros búhos,¹⁰⁰
¡cuán distinto te contemplo
de lo que estabas robusto,
la noche aquella que fuiste
del rey don Pedro refugio!

*

Era una noche de marzo,¹⁰⁵
de un marzo invernal y crudo,
en que con negras tinieblas

se viste el orbe de luto.

El castillo, cuya torre
del homenaje el oscuro110
cielo taladraba altiva,
formaba de un monte el bulto.

Sobre su almenada frente,
por el espacio confuso,
pesadas nubes rodaban115
del huracán al impulso.

Del huracán, que silbando
azotaba el recio muro
con espesa lluvia a veces,
y con granizo menudo;120
y a veces rasgando el todo
de nubarrones adustos,
dos o tres rojas estrellas,
ojos del cielo sañudos,
descubría amenazantes125
sobre el edificio rudo
y sobre el vecino campo
del cielo entrambos insulto.

Circundaban el castillo,
como cercan a un difunto130
las amarillas candelas,
fogatas de triste anuncio,
pues eran del enemigo
vencedor, y que sañudo
el asalto preparaba135
codicioso y furibundo.

*

De la triste fortaleza
no aspecto de menos susto
el interior presentaba,
último amparo y recurso140

De un ejército vencido,
desalentado, confuso;
de hambre y sed atormentado,
y de despecho convulso.

En medio del patio ardía145
una gran lumbrada, a cuyo
resplandor de infierno, en torno
varios satánicos grupos
apiñados se veían,
en lo interno de los muros150
altas sombras proyectando
de fantásticos dibujos.

Gente era del rey don Pedro,
y se mostraban los unos
de hierro y sayos vestidos;155
los otros medio desnudos.

Allí de horrendas heridas,
dando tristes ayes, muchos
la sangre se restañaban
con lienzos rotos y sucios.160

Otros cantaban a un lado
mil cánticos disolutos,
y fanfarronas blasfemias
lanzaba su labio inmundo.

Allá de una res asada165
los restos fríos y crudos
se disputaban feroces,
esgrimiendo el hierro agudo.

Aquí contaban agüeros
y desastrosos anuncios,170
que escuchaban los cobardes
pasmados y taciturnos.

Ni los nobles caballeros
hallan respeto ninguno,
ni el orden y disciplina175
restablecen sus conjuros.

Nadie los portillos guarda,
nadie vigila en los muros,
todo es peligro y desorden,
todo confusión y susto:180

los relinchos de caballos,
los ayes de moribundos,
las carcajadas, las voces,
las blasfemias, los insultos,
el crujido de las armas,185
los varios trajes, los duros
rostros formaban un todo
tan horrendo y tan confuso,
alumbrado por la llamas
o escondido por el humo,190
que asemejaba una escena
del infierno y no del mundo.

*

El rey don Pedro, entre tanto
separado de los suyos,
en una segura cuadra195
se entregó al sueño profundo.

Mientras en un alta torre,
despreciando los impulsos
del huracán y la lluvia,
de lealtad noble trasunto,200

Men Rodríguez de Sanabria
no separaba ni un punto,
del lado donde sus tiendas
la francesa gente puso,
los ojos y el pensamiento,205

ansiando anhelante y mudo
ver la señal concertada,
astro de benigno influjo,
norte que de sus esfuerzos
pueda dirigir el rumbo,210
por donde su rey consiga
de salud puerto seguro.

Romance Tercero El dormido

Anuncia ya medianoche
la campana de la Vela,
cuando un farol aparece215
de Claquín ante la tienda.

Y no mísero piloto,
que sobre escollos navega,
perdido el rumbo y el norte
en noche espantosa y negra,220

ve al doblar un alta roca
del faro amigo la estrella,
indicándole el abrigo
de seguro puerto cerca,

Con más placer que Sanabria225
la luz que el alma le llena
de consuelo, y que anhelante
esperó entre las almenas.

Latiéndole el noble pecho
desciende súbito de ellas,230
y ciego bulto entre sombras
el corredor atraviesa.

*

Sin detenerse un instante
hasta la cámara llega,
do el rey don Pedro descanso235
buscó por la vez postrera.

Sólo Sanabria la llave
tiene de la estancia regia,
que a noble de tanta estima
solamente el rey la entrega.240

Cuidando de no hacer ruido
abre la ferrada puerta,
y al penetrar sus umbrales
súbito espanto le hiela.

No de aquel respeto propio245
de vasallo que se acerca
a postrarse reverente
de su rey en la presencia;
no aquel que agobiaba a todos

los hombres de aquella era,250
al hallarse de improviso
con el rey don Pedro cerca,
 sino de más alto origen,
cual si en la cámara hubiera
una cosa inexplicable255
sobrenatural, tremenda.

*

Del hogar la estancia toda
falsa luz recibe apenas
por las azuladas llamas
de una lumbre casi muerta.260

Y los altos pilarones,
y las sombras que proyectan
en pavimento y paredes,
y el humo leve que vuela
 por la bóveda y los lazos265
y los mascarones de ella,
y las armas y estandartes
que pendientes la rodean,
 todo parece movable,
todo de formas siniestras,270
a los trémulos respiros
de la ahogada chimenea.

Men Rodríguez de Sanabria,
al entrar en tal escena
se siente desfallecido,275
y sus duros miembros tiemblan,
 advirtiéndole que don Pedro
no en su lecho, sino en tierra,
yace tendido y convulso,
pues se mueve y se revuelca,280
 con el estoque empuñado,
medio de la vaina fuera,
con las ropas desgarradas,
y que solloza y se queja.

Quiere ir a darle socorro...,285
mas, ¡ay!, en vano lo intenta,
en un mármol convertido
quédase clavado en tierra,
 oyendo al rey balbuciente,
so la infernal influencia290
de ahogadora pesadilla,
prorrumpir de esta manera:

*

«Doña Leonor... ¡vil madrastra!
quita, quita... que me aprietas
el corazón con tus manos295
de hierro encendido..., espera.
 »Don Fadrique no me ahogues...

No me mires, que me quemas.
¡Tello!... ¡Coronel!... ¡Osorio!...
¿Qué queréis traidores?, ¡ea!300
»Mil vidas os arrancara
¿No tembláis?... Dejadme... afuera,
¿También tú, Blanca?... Y aún tienes
mi corona en tu cabeza...
»¿Osas maldecirme? ¡Inicua!305
Hasta Bermejo se acerca...
¡Moro infame!... Temblad todos.
Mas, ¿qué turba me rodea?...
»¡Zorzo, a ellos!: ¡Sus, Juan Diente,
¿Aún todos viven?... Pues mueran.310
Ved que soy el rey don Pedro,
dueño de vuestras cabezas.
»¡Ay, que estoy nadando en sangre!
¿qué espadas, decid, son ésas?...
¿qué dogales?, ¿qué venenos?,315
¿qué huesos?, ¿qué calaveras?...
»Roncas trompetas escucho...
Un ejército me cerca,
¿y yo a pie?... Denme un caballo
y una lanza... Vengan, vengan.320
»Un caballo y una lanza.
¿Qué es el mundo en mi presencia?
Por vengarme doy mi vida;
por un corcel, mi diadema.
»¿No hay quien a su rey socorra?»325
A tal conjuro se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence,
y exclama: «Conmigo cuenta.»

*

A sacar el rey acude
de la pesadilla horrenda:330
«¡Mi rey! ¡Mi señor!» le grita,
y lo mueve, y lo despierta
Abre los ojos don Pedro
y se confunde y se aterra,
hallándose en tal estado335
y con un hombre tan cerca.
Mas luego que reconoce
al noble Sanabria, alienta,
y, «Soñé que andaba a caza»,
dice con turbada lengua.340
Sudoroso, vacilante,
se alza del suelo, se sienta
en un sillón, y pregunta:
«¿Hay, Sanabria, alguna nueva?»
«Señor -responde Sanabria-,345
el francés hizo la seña.»

«Pues vamos, -dice don Pedro-,
haga el Cielo lo que quiera.»

Romance Cuarto
Los dos hermanos

De Mosén Beltrán Claquín
ante la tienda de pronto,350
páranse dos caballeros
ocultos en los embozos.

El rey don Pedro era el uno,
Rodríguez Sanabria el otro,
que en la fe de un enemigo355
piensan encontrar socorro.

Con gran prisa descabalgan,
y ya se encuentran en torno
rodeados de franceses
armados y silenciosos,360
en cuyos cascos gascones,
y en cuyos azules ojos
refleja el farol, que alumbra
cual siniestro meteoro.

Entran dentro de la tienda365
ya vacilantes, pues todo
empiezan a verlo entonces
de aspecto siniestro y torvo.

Una lámpara de azófar
alumbra trémula y poco,370
mas deja ver un bufete,
un sillón de roble tosco,
un lecho y una armadura,
y lo que fue más asombro,
cuatro hombres de armas inmóviles,375
de acero vivos escollos.

*

Don Pedro se desemboza
y: «Vamos ya», dice ronco,
y al instante uno de aquéllos,
con una mano de plomo,380
que una manopla vestía
de dura malla, brioso
ase el regio brazo y dice:
«Esperad, que será poco.»

Al mismo tiempo a Sanabria385
por detrás sujetan otros,
arráncanle de improviso
la espada, y cúbrenle su rostro.

«Traición!, traición!», gritan ambos

luchando con noble arrojo;390
cuando entre antorchas y lanzas
en la escena entran de pronto
 Beltrán Claquín, desarmado,
y don Enrique, furioso,
cubierto de pie a cabeza395
de un arnés de plata y oro,
 y ardiendo limpia en su mano
la desnuda daga, como
arde el rayo de los cielos,
que va a trastornar el polo,400
 de don Pedro el brazo suelta
el forzado armado, y todo
queda en profundo silencio,
silencio de horror y asombro.

*

 Ni Enrique a Pedro conoce,405
ni Pedro a Enrique: apartólos
el Cielo hace muchos años,
años de agravios y enconos,
 un mar de rugiente sangre,
de huesos un promontorio,410
de crímenes un abismo,
poniendo entre el uno y otro.
 Don Enrique fue el primero
que con satánico tono:
«¿Quién de estos dos es -prorrumpe-415
el objeto de mis odios?»
 «Vil bastardo -le responde
don Pedro, iracundo y torvo-,
yo soy tu rey; tiembla, aleve;
hunde tu frente en el polvo.»420
 Se embisten los dos hermanos;
y don Enrique, furioso,
como tigre embravecido,
hiere a don Pedro en el rostro.
 Don Pedro, cual león rugiente,425
«¡Traidor!», grita; por los ojos
lanza infernal fuego, abraza
a su armado hermano, como
 a la colmena ligera
feroz y forzado el oso,430
y traban lucha espantosa
que el mundo contempla absorto.
 Caen al suelo, se revuelcan,
se hieren de un lado y otro,
la tierra inundan en sangre,435
lidian cual canes rabiosos.
 Se destrozan, se maldicen,
dagas, dientes, uñas, todo

es de aquellos dos hermanos
a saciar la furia poco.440

*

Pedro a Enrique al cabo pone
debajo, y se apresta, ansioso,
de su crueldad o justicia
a dar nuevo testimonio,
cuando Claquín, ¡oh desgracia!,445
(en nuestros debates propios
siempre ha de haber extranjeros
que decidan a su antojo);

Cuando Claquín, trastornando
la suerte llega de pronto,450
sujeta a don Pedro, y pone
sobre él a Enrique, alevoso,
diciendo el aventurero
de tal maldad en abono:
«Sirvo en esto a mi señor:455
ni rey quito ni rey pongo.»

No duró más el combate;
de su rey en lo más hondo
del corazón, la corona
busca Enrique, hunde hasta el pomo460
el acero fratricida,
y con él el puño todo
para asegurarse de ella,
para agarrarla furioso.

Y la sacó... ¡goteando465
sangre!... De funesto gozo
retumbó en el campo un «viva»,
y el infierno repitiólo.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

